

San Juan de Ávila, predicador de la Inmaculada

José Luis MORENO MARTÍNEZ
Vicario General de la Diócesis de
Calahorra y La Calzada-Logroño

- I. Introducción.**
- II. “¿Quién es ésta que nace como alba?” (Cant 6, 10).**
- III. “Toda hermosa eres, amada mía, y en ti no hay mancha alguna” (Cant 4, 6).**
- IV. Mujeres de la Biblia, figuras de María.**
- V. Conclusión.**

I. INTRODUCCIÓN

San Juan de Ávila (1500-1569), conocido como “el Apóstol de Andalucía”, ha sido llamado “Maestro de evangelizadores” por la Conferencia Episcopal Española¹, la cual ha pedido también a la Santa Sede que lo declare doctor de la Iglesia. Su primer biógrafo, fray Luis de Granada, lo presentaba como modelo de predicadores². La predicación fue, en efecto, la tarea más sobresaliente del fecundo ministerio pastoral de Juan de Ávila. En sus escritos se nos han conservado 82 sermones, además de 16 pláticas. De ellos 13 son sermones de distintas festividades de la Virgen: Natividad (3), Presentación, Purificación, Anunciación, Visitación, Soledad, Nieves y Asunción (4).

De la Inmaculada expresamente no hay ninguno. La fiesta, que en muchas partes se celebraba ya anteriormente, se extendió a toda la Iglesia latina en 1476, por la Constitución *Cum praeexcelsa* del Papa franciscano Sixto IV, que otorgaba indulgencias a los que asistieran a la Misa y oficios divinos. Es probable, por tanto, que Juan de Ávila predicara algún sermón en esa fiesta, que no era de precepto, pero no se nos ha conservado.

Sin embargo podemos calificar al Apóstol de Andalucía de predicador de la Inmaculada, porque son numerosas las veces en que menciona este privilegio de la Virgen directa o indirectamente. Y hemos de advertir que en su época no todos defendían la doctrina inmaculista, sino que existía una fuerte controversia teológica. Como se sabe, eran particularmente los dominicos quienes estaban en contra, siguiendo la tesis de San Bernardo y de Santo Tomás de Aquino. La mayoría de las restantes Órdenes religiosas, con los franciscanos

1. Cf. *San Juan de Ávila, Maestro de evangelizadores*: Mensaje de la Conferencia Episcopal Española al Pueblo de Dios en el V Centenario del nacimiento de San Juan de Avila. Noviembre 1999.

2. Fr. LUIS DE GRANADA, *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila y las partes que ha de tener un predicador del Evangelio*, Madrid 1588.

a la cabeza, estaban a favor, siguiendo la doctrina de Escoto. El concilio de Trento, que trató el tema del pecado original, no quiso dirimir la cuestión. La polémica seguía fuerte y tuvo que intervenir el Papa Pío V, que había sido dominico, para prohibir a las partes contendientes tildarse mutuamente de herejes.

Éste era el ambiente teológico en la época del Maestro Ávila. Él era claramente immaculista, de acuerdo con las tesis que se defendían en la Universidad donde había estudiado la teología, en Alcalá, de clara influencia franciscana, desde su fundador el Cardenal Cisneros, y en la que había cátedra de Escoto³. El influjo de Juan de Ávila se puede ver en uno de sus discípulos preferidos, Diego Pérez de Valdivia, que fue catedrático de Teología en la Universidad de Baeza y posteriormente en la de Barcelona, quien escribiría el primer tratado teológico en castellano sobre la Inmaculada: *Tratado de la singular y purísima Concepción de la Madre de Dios*, impreso en Barcelona el año 1600⁴.

La doctrina del Maestro Ávila sobre la Inmaculada, tal como aparece en sus sermones, no tiene nunca carácter polémico ni es presentada de manera sistemática. Más bien refleja una doctrina pacíficamente vivida y sentida por el pueblo cristiano al que el santo predica, contribuyendo así a reforzar ese “sensus fidei” del pueblo. Presentamos sus ideas sobre el tema en tres apartados, que organizamos al hilo de los textos bíblicos, fundamentalmente del Antiguo Testamento, que comenta en cuanto prefiguraciones de María⁵.

3. Cfr. ANDRÉS, M., *La teología española en el siglo XVI*, II, Madrid 1978, p. 32-41; CONTRERAS CONTRERAS, J., “Alcalá: la Universidad que formó a San Juan de Ávila”, en *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000*, Madrid 2002, pp. 939-956.

4. Cfr. ESQUERDA BIFET, J., *Diego Pérez de Valdivia, maestro de espiritualidad en el siglo XVI, discípulo de San Juan de Ávila*, Roma 1972; *El tratado de la Inmaculada de Diego Pérez de Valdivia* (Tesis. Comillas, 1964).

5. Han estudiado el tema de modo resumido: HERRERO, T., “La Inmaculada en el Beato Juan de Ávila”, en *Estudios Marianos* 18 (1957) 371-380; ESQUERDA BIFET, J., *Diccionario de San Juan de Ávila*, Burgos 1999, pp. 509-512. Otros estudios sobre la mariología avilista: ESQUERDA BIFET, J., “Síntesis mariológica de los escritos de Juan de Ávila”, en *Ephemerides Mariologicae* 11 (1961) 169-191; MOLINA, A., “Presencia de María en el epistolario del Santo Maestro Juan de Ávila”, en *Estudios Marianos* 36 (1972) 281-304; FERNÁNDEZ, D., “Culto y devoción popular a María en la obra de San Juan de Ávila”, en *Ephemerides Mariologicae* 31 (1981) 79-99; GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, A.P., “La actuación de María en la Iglesia de Cristo, según San Juan de Ávila”, en *Scripta de Maria* 9 (1987) 109-147; MOLINA PRIETO, A., “Los tres sermones asuncionistas de San Juan de Ávila”, en *Virgo Liber Verbi*, Roma 1991, pp. 281-309.

II. “¿QUIÉN ES ÉSTA QUE NACE COMO ALBA?” (CANT 6, 10)

San Juan de Ávila en dos sermones de la Natividad de la Virgen toma pie de un texto del Cantar de los Cantares para explicar las cualidades extraordinarias de la Niña que nace: “¿Quién es ésta que surge como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como escuadrón de gente bien ordenada?” (Cant 6,10). Como se sabe, desde la Edad Media es frecuente la interpretación mariológica de la Esposa del Cantar de los Cantares. Y particularmente la Liturgia aplica a María los símbolos o piropos que se dicen de la Esposa.

En el primero de estos sermones, dirigiéndose a la Virgen, pregunta:

“¿Por qué alba, benditísima Niña? Porque así como el alba no tiene que ver con la noche, así vos, cuando nacéis del vientre de vuestra madre, no tenéis que ver con pecado. En el alba ahogó Dios al Faraón y a los suyos en el mar Bermejo; y en vos, que nacéis como alba, ahogó Dios al demonio y a los pecados, de manera que en ninguna cosa tuvieron que ver con vos. ¡Oh Niña bendita, cuán segura estáis vos de que no es cierran la puerta del cielo con aquella palabra que San Juan dijo: Ninguna cosa sucia entre en aquella ciudad! (Ap 21,27), toda ella es oro limpio y no admite escoria de pecado chico ni grande. ¡Señora, Señora! A nosotros dice aquesta palabra y a nosotros pone temor, pues somos concebidos en pecado original y nacemos pecadores del vientre de nuestra madre; y con nuestro descuido y miramiento, sobre el pecado que de Adán heredamos, hemos añadido otros por nuestra culpa y propia voluntad. Unos han cometido más que otros, mas ninguno que en este mundo vive ha estado sin él sino vos, escogida particularmente por la divina bondad para que por honra suya no cayese pecado en vos, mas toda fuédeses limpia y preciosa como oro fino; y como Jacob, recibisteis la bendición espiritual sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, más ajena de pecados que todos y más rica de gracias y virtudes que todos. Algunos hubo como Jeremías y San Juan Baptista, los cuales nacieron del vientre de sus madres sin pecado original y después vivieron muy santamente; mas éstos no tienen, Señora, que ver con vos, pues si cuando nacieron no tuvieron pecado, fueron concebidos en él; y si cuando grandes no cometieron pecado mortal, cometieron veniales, de los cuales ninguno fue libre, sino solo vos”⁶.

6. *Sermón 60, 73-102: Obras completas del Santo Maestro Juan de Ávila*, Madrid 1970-1971, t-III, p. 5. Ed. de L. Sala Balust; citamos por esta edición.

Este hermoso texto, tejido de referencias bíblicas, como es costumbre en nuestro predicador, destaca varias ideas: a) que María nunca tuvo que ver nada con el pecado, no sólo antes del nacimiento, sino desde el momento de su concepción; b) que a lo largo de toda su vida no cometió ni siquiera pecado venial; c) que eso se debe a una elección particular de la bondad divina. Comentamos brevemente la primera idea, dejando las otras para ampliarlas con otros textos.

El Maestro Ávila rechaza la tesis defendida por los dominicos de su tiempo, por ejemplo, su íntimo amigo fr. Luis de Granada. Según ellos, María habría sido concebida en pecado original, como todos los demás humanos, pero después Dios la habría santificado en el vientre de su madre antes de nacer, como hizo también con Jeremías (“antes de que salieras del vientre te santifiqué”, Jr 1,5) y con el Bautista (en la Visitación). Era la posición de autores tan notables como San Bernardo, Alejandro de Hales, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino. Nuestro predicador, sin embargo, explica al pueblo que la Virgen se diferencia de Jeremías y San Juan Bautista, que fueron concebidos en pecado original⁷ y sigue en esto la posición de los teólogos Victorinos, de Guillermo Ware, Raimundo Lulio, y particularmente del Beato Duns Escoto.

En otro sermón de la Natividad vuelve a comentar el símbolo del “alba” en el mismo sentido: “¿Quién es ésta que no nace en noche de pecado ni fue concebida en él, sino que ansí resplandece como alba sin nubes algunas y como sol del mediodía?”⁸. Y más adelante explica tres características del alba que se pueden aplicar a la Virgen, aunque no se refieren ya a su inmaculada concepción. Se parece María al alba, primero, porque es mensajera y madre del día, es decir, de Jesucristo, sol de justicia, por el que viene el día de salvación al mundo. Segundo, porque es madre del rocío, Cristo, que con su gracia humedece nuestras sequedades y hace fructificar nuestras almas. Y tercero, porque aborrece las tinieblas, es decir los pecados⁹.

7. En un sermón de la Visitación vuelve a recordar la santificación del Bautista: “Mirad en la visitación de Elisabeth, que hablando la Virgen, recibió el niño aceleración del libre albedrío y recibió la gracia, ¡cómo quién no dice nada! Entonces recibió a Cristo y se gozó y le adoró y recibió la gracia y fue limpio del pecado original”, *Sermón 66*: o.c., t. III, p. 104.

8. *Sermón 61*: o.c., t. III, p. 21.

9. Cf. *Sermón 61*: o.c., t. III, pp. 23-28. Es de observar que Juan de Ávila probablemente se inspira para este comentario en Gerson, quien en un sermón de la Natividad comenta de modo parecido el símbolo de la aurora de Cant 6,10 explicando que es “*diei nuntiatrix, roris generatrix y latronum effugatrix*” (cf. GERSON, J., *Opera omnia*, Antuerpiae 1706, t. III, col. 1361).

Los comentarios sobre los otros símbolos del Cantar de los Cantares adquieren pleno significado desde su doctrina inmaculista. En efecto, al comentar “*hermosa como la luna*”, dice: “Es toda blanca, purísima; y así como su Hijo es blancura de la eterna luz, así ella participa de esta blancura más que hombres y ángeles; porque, como dice San Anselmo, fue cosa conveniente que esta benditísima Virgen resplandeciese con tan gran puridad, que después de Dios no podía ser pensada otra mayor. Es la luna blanca y la Virgen es purísima... Por lo cual os confesamos, Señora, que sois *hermosa como la luna*, pues que en comparación de vuestra benditísima ánima y de la hermosura espiritual que en ella puso el Espíritu Santo, la luna no osara parecer”¹⁰. Nótese cómo subraya el argumento de conveniencia de San Anselmo, que está en la raíz del famoso razonamiento de la escolástica posterior: “*potuit, deuit, fecit*”, para explicar la concepción inmaculada por designio divino¹¹.

De la expresión “*escogida como el sol*” comenta: “Quien le dio ser parte de su santidad, darle ha también su lumbre de sol... Sol que procede del sol es aquesta Niña sagrada, y *la mujer vestida del sol* que San Juan vio en su Apocalipsi (Ap 12,1). Y, finalmente, es terrible *como escuadrón de gente ordenada*: “Porque si con San Antón esta tema tenían los demonios, que oyendo su nombre echaban a huir, ¿con cuánta más razón se debe creer que al nombre de María huirán, y con más ligereza, pues ella es la mujer de la cual está escrito que *había de quebrantar la cabeza al demonio* (Gn 3,15), no solo porque escapó del pecado original, mas de todos los otro mortales y veniales, lo cual no hizo San Antón ni otro alguno”¹².

10. *Sermón 60*: o.c., t. III, p. 6.

11. La cita de San Anselmo que trae Juan de Ávila corresponde precisamente a un sermón sobre la Concepción de la Virgen (PL 158, col. 451). Dice así textualmente: “Convenía que la Virgen resplandeciera con aquella pureza, mayor que la cual no se puede encontrar debajo de Dios, a la cual Dios Padre de tal modo había dispuesto darle a su único Hijo...que naturalmente fuera uno y el mismo Hijo común de Dios Padre y de la Virgen”. Un discípulo de San Anselmo, Eadmero de Canterbury, del siglo XII, que escribió el primer tratado sobre la Inmaculada Concepción de María, reforzará el argumento de conveniencia. Será Guillermo Ware, maestro de Scoto, quien introduzca el famoso silogismo: “*potuit, deuit, fecit*”. Duns Scoto empleará también el argumento de conveniencia explicando que lo que a Dios le conviene hacer lo hace.

12. *Sermón 60*: o.c., t. III, p. 7-9.

III. “TODA HERMOSA ERES, AMADA MÍA, Y EN TI NO HAY MANCHA ALGUNA” (CANT 4, 6)

Los epítetos anteriores -“hermosa como la luna” y “escogida como el sol”- pertenecen, además, a la simbología mariana que ya desde finales del siglo xv y sobre todo en el siglo xvi se hace característica de la iconografía de la Inmaculada¹³. Es la representación típica de la “*Tota pulchra*”: la Virgen rodeada de los símbolos recogidos del Cantar de los Cantares y de otros pasajes del Antiguo Testamento, que ya se aplicaban en los himnos litúrgicos desde la Edad Media. Suelen ser un total de quince símbolos: además de los dos mencionados, “estrella del mar”, “plantel de rosas” (Ecco 28,14), “lirio entre espinas” (Cant 2,2), “cedro esbelto” (Ecco 24,13), “olivo gallardo” (Ecco 24,14), “huerto cerrado” (Cant 4,12), “ciudad de Dios” (Sal 87,3), “puerta del cielo” (Gn 28,17), “torre de David” (Cat 4,4), “fuente de los huertos” (Cat 4,15), “pozo de aguas vivas” (Cant 4,15), “vara de Jesús” (Is 11,1), “espejo sin mancha” (Sap 7,26).

Todos estos símbolos resaltan la hermosura de la Virgen, a quien en esta iconografía se dirige el Padre celestial desde lo alto, con una estela en las manos donde se lee el piropro del Cantar de los Cantares: “*Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*” (Cant 4,6). La hermosura le viene a María porque no tiene mancha alguna y en el contexto de la polémica sobre la Inmaculada se quiere subrayar que es sin mancha alguna de pecado, es decir, Inmaculada del todo, desde su concepción y, por tanto, sin pecado original.

El Apóstol de Andalucía también habla de esta alabanza del “*tota pulchra*” que Dios hace de la Virgen¹⁴. Y recurre a ella cuando, en un sermón de la Asunción, aplica a María la frase del Salmo 118,57: “Yo, Señor, tomé por razón mía el guardar tu santa Ley” y comenta su carencia absoluta de todo pecado, por encima de todos los santos:

13. Para el estudio de este tema iconográfico en España, cfr. TRENS, M., *María. Iconografía de la Virgen en el arte español*, Madrid 1946, p. 149-164. En Italia lo ha estudiado recientemente: FRANCA, V., *Splendore di bellezza. L'iconografia dell'Inmacolata Concezione nella pittura rinascimentale italiana*, Città del Vaticano 2004, pp. 203-225.

14. “¿Quién pondrá lengua en alabar a aquella a quien tantos grandes se pusieron a alabar y, sobre todo el grande sobre todos los grandes, Dios? Que tuyas son estas palabras: *Quam pulchra es amica mea, quam pulchra es; et tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*. ¡Oh bienaventurada Niña!”, *Sermón 61*: o.c., t. III, p. 22.

“Muchos santos hubo y agora los hay, que no cometerán deliberadamente y con acuerdo un pecado venial, aunque les cueste la vida y mil vidas; mas los pecados de inadvertencia, de negligencia y los que nacen de nuestra propia carne, que son casi naturales a nuestra humana flaqueza y sin los cuales no se vive en esta miserable vida, aunque los desearon evitar, no salieron con ello, porque la corrupción del pecado original, aunque sea perdonado por el santo bautismo, no deja de vivir sin pecado venial al que debajo de su poder tomó. Mas como la sacratísima Virgen María por su singular privilegio fue preservada de pecado original, tuvo vida limpiísima y ajena de todo pecado: cuerpo limpio por virginidad y ánima tal que es llamada por Dios toda hermosa y que no hay en ella mancha”¹⁵.

En este párrafo podemos destacar dos ideas: En primer lugar, la afirmación nítida de la doctrina de la Inmaculada Concepción con expresiones prácticamente iguales que las que empleará el Papa Pío IX en la definición dogmática: “...la santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente...”.

La segunda idea es que precisamente el no tener pecado original es la razón por la que tampoco tuvo ningún tipo de pecado personal. Este es un tema que repite con frecuencia el santo: “¿Qué sentiría aquella Virgen bendita cuando se acordase de tan gran beneficio recibido de la mano piadosa de Dios, que ni en su concepción ni en toda su vida cayó ella en pecado? Porque muy bien sabía que es mayor merced dar Dios la inocencia, no dejando caer en pecado, que al caído darle perdón”¹⁶. Juan de Ávila deja bien clara la acción de la gracia divina en ese privilegio de la Virgen. El primado de la gracia bri-

15. *Sermón 71*: o.c., t. III, p. 217. En muchos lugares califica a la Virgen de “limpiísima” y comenta el sentido del “sin mancha”: “en la Virgen todo es limpio y blanco más que la nieve, sin ninguna mancha de pecado” (*Sermón 66*: o.c., t. III, p. 106); “esta Virgen limpiísima, en quien nunca hubo pecado” (*Sermón 67*: o.c., t. III, p. 118); “nunca pecó, limpiísima fue en su concepción” (*Sermón 65,1*: o.c., t. III, p. 87); “es puramente limpia y en ella no hubo pecado ni mácula alguna” (*Sermón 72*: OC III, p. 229).

16. *Sermón 70*: o.c., t. III, p. 179. Otros textos similares: “¿Gran diferencia entre el corazón de los hijos de Adán, que se quedan en su propia miseria, al corazón purísimo de aquesta Señora, al cual no tocó el pecado de Adán y fue tan tomado de la gracia del Espíritu Santo, que más se puede llamar divino que humano!” (*Sermón 69*: o.c., t. III, p. 159); “desde que fuisteis concebida hasta que de esta vida salisteis, en ninguna cosa chica ni grande enojasteis a Dios” (*Ibid.* p. 167).

lla en María más que en ninguna otra persona, porque el no dejar caer es mayor don que el perdonar y levantar después de caído. Recoge aquí el Maestro Ávila el sentido de la famosa y definitiva argumentación de Duns Scoto: es más glorioso para Cristo preservar a María que extraerla del pecado, evitar que contrajese la culpa que no limpiarla después de manchada, pues ello encierra un beneficio mucho mayor¹⁷. Es la misma idea que un poeta de finales del siglo XVI, el carmelita Pedro Padilla, pondrá en versos que serán retomados en el siglo XX como Himno de la Liturgia de las Horas en Laudes de la solemnidad de la Inmaculada:

“Ninguno del ser humano
como vos se pudo ver,
que a otros les dejan caer
y después les dan la mano.
Mas vos, Virgen, no caíste
como los otros cayeron,
que siempre la mano os dieron
con que preservada fuiste”¹⁸.

Juan de Ávila transmitía en sus sermones, para formación y devoción del pueblo, las afirmaciones inmaculistas que se defendían en las cátedras, lo mismo que los poetas las cantaban en sus versos populares.

En un sermón de la Asunción explica todavía con más claridad que todo es fruto del amor especial con que Dios la ha amado. Lo hace comentando en sentido mariológico frases dichas de la Sabiduría en el libro del Eclesiástico, siguiendo la costumbre litúrgica. Y así explica:

“Ella dice que desde ab initio et ante saecula fue criada (Ecco 24,14); porque, aunque en el ser real fue en el tiempo criada, mas en la mente divina ante todo tiempo lo fue. Y aunque también lo fue todo lo demás que Dios crió en tiempo, mas esta Señora fue antepuesta a todas en ser más amada y elegida para mayor dignidad y para mayores bienes; y por eso se llama la primera engendada ante toda criatura (cfr. Ecco 24,5), porque en los ojos y corazón de Dios es la más dotada de gracias que todo el restante de lo criado. Y de aquel

17. Cfr. DUNS SCOTO, *In III Sententiarum, dist. III, q. I.*

18. Cfr. PEDRO DE PADILLA, *Grandezas y excelencias de la Virgen Señora nuestra*, Madrid 1587, p. 25: “A la limpísima Concepción de Nuestra Señora”, citado por HERRÁN, L. M^a, *Mariología poética española*, Madrid 1988, p. 154.

inefable fuego de amor con que la Virgen fue amada, resultó el ser criada y reservada de todo pecado y vivir tal vida que con la gracia del Señor mereció subir hoy al cielo a reinar con mayor excelencia que ningún hombre ni ángel”¹⁹.

Este pasaje tiene la originalidad de unir bajo el mismo concepto del amor de Dios toda la trayectoria de María, desde su Concepción hasta su Asunción. El misterio de la concepción inmaculada de María no hay que entenderlo solamente en el sentido negativo de carecer de pecado, sino también en el sentido de positivo de estar llena de gracia desde el principio de su ser y a lo largo de toda su existencia. Esa santidad de María, que se va actualizando en el amor a Dios de toda su vida, es superior a la de todos los santos y ángeles:

“Grande excelencia es ésta, que ni tuvo, ni tiene, ni tendrá igual entre todos los santos (...). Fortísimo fue su amor, que le compelió a buscar en todas las cosas el mayor contentamiento y mayor gloria de Dios de su corazón. Como dice San Pablo que se debe buscar la voluntad de Dios de muy buena gana y huir de pecados mortales y de veniales, y de lo bueno escoger lo mejor, así lo hizo esta Virgen. En lo primero muchos semejables tuvo que no cometieron pecado moral; en lo segundo excede a todos los hombres y mujeres que vienen de Adán por el modo ordinario de la generación; mas en las riquezas de su amor, con que tenía la cumbre de gracia y de las virtudes, excede a los ángeles y a todos los espíritus celestiales, aunque sean los más altos querubines y serafines, los cuales con mucha razón pueden conocer ventaja y ser discípulos de esta sagrada Virgen en la escuela del amor a Dios, pues es más rica en esta arte, que excede y puede enseñar a todos ellos”²⁰.

19. *Sermón 69*: o.c., t. III, p. 158. Nótese que varios de los símbolos clásicos de la *tota pulchra* (rosal, cedro, olivo) están tomados del cap. 24 de Ecco. aquí citado. La predestinación de la Virgen, de la que habla aquí, aplicándole la expresión de Ecco 24,5 “primogénita entre todas las criaturas”, es un tema de larga tradición teológica, que el Papa Pío IX recoge en la Bula de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción, cuando dice: “La Iglesia acostumbró a emplear en los Oficios eclesiásticos y en la sagrada Liturgia aun las mismísimas palabras que emplean las divinas Escrituras tratando de la Sabiduría increada y describiendo sus eternos orígenes, y aplicarlas a los principios de la Virgen, los cuales habían sido predeterminados en el mismo y único decreto juntamente con la encarnación de la divina Sabiduría”, *Ineffabilis Deus*, 2.

20. *Sermón 71*: o.c., t. III, p. 218.

Parece que nuestro Santo defiende una tesis que podemos calificar de pionera en el siglo XVI: la santidad inicial de María es superior a la santidad de todos los santos y ángeles²¹. No todos los teólogos posteriores están de acuerdo con esta tesis, pero Pío IX la refrendará en la Bula de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción²².

Por lo demás, San Juan de Ávila, que, como hemos dicho, gusta de llamar a María con la popular expresión de “limpísima”, inculca a sus fieles su invocación, particularmente para que los asista en las tentaciones de la carne y les conceda la virtud de la castidad. Así lo hace en un sermón de la Anunciación: “Porque ella fue limpísima, por su devoción, aunque tus pasiones te inclinen a otras cosas, seas tú limpio por su amor y te apartes de males, y digas: ‘Esto por amor de la Virgen limpísima’. Si fuera juez mandara que ninguna mujer sucia se llamase María, por honra de esta Virgen limpísima”²³. Y en el tratado espiritual *Audi, Filia*, que escribe para su joven dirigida Doña Sancha Carrillo, le aconseja lo mismo para mantener la virtud de la castidad: “principalmente más que ningún santo debe ser llamada la limpísima Virgen María, importunándola con servicios y oraciones que nos alcance esta merced, las cuales ella oye y recibe de muy buena gana, como verdadera amadora de lo que le pedimos. Especialmente he visto haber venido provechos notables por medio de esta Señora a personas molestadas de flaqueza de carne por rezar-

21. Cfr. BOVER, J.M^a, “Santidad inicial de María”, en *Estudios Eclesiásticos*, 28 (1954) 563-580, quien explica que esta doctrina del Maestro Ávila sonó como nueva en su tiempo y a algunos jesuitas, como Baltasar Álvarez y Martín Gutiérrez, les pareció muy interesante y pensaron en el modo de darle argumentación teológica. Se lo pidieron al joven Francisco Suárez, que en 1570 terminaba sus estudios de Teología en Salamanca, quien la introdujo entre las tesis que iba a defender en acto público, apadrinado por el catedrático de Prima, Mancio de Corpus Christi, O.P.; la primera impresión del dominico fue desfavorable, pero luego se ofreció a patrocinarla. Suárez la introduciría posteriormente en su obra *De Mysteriori Vitae Christi*.

22. Sobre esta cuestión teológica, cfr. ROSCHINI, G. M^a, o.c., t. II, pp. 81-85. El Papa Pío IX se expresa así: “Dios eligió y señaló desde el principio y antes de los tiempos una Madre, para que su unigénito Hijo, hecho carne de ella, naciese en la dichosa plenitud de los tiempos, y en tanto grado la amó por encima de todas las criaturas, que en sola ella se complació con señaladísima benevolencia. Por lo cual tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacada del tesoro de la divinidad, muy por encima de todos los ángeles y santos, que ella, absolutamente siempre libre de toda mancha de pecado y toda hermosa y perfecta, manifestase tal plenitud de inocencia y santidad, que no se concibe en modo alguno mayor después de Dios y nadie puede imaginar fuera de Dios”, *Ineffabilis Deus*, 1.

23. *Sermón 65,2*: o.c., t. III, p. 99.

le alguna cosa en memoria de la limpieza con que fue concebida sin pecado y de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios. A esta Señora, pues, tomad por particular abogada que os alcance y conserve con su oración esta limpieza”²⁴.

En conclusión, la hermosura de la Virgen es su santidad, que es total, porque es desde su concepción. Gusta el Apóstol de Andalucía hablar de la hermosura de María, aplicándole los pasajes de la Esposa del Cantar de los Cantares: “¿Dónde fue tu amado, la más hermosa de las mujeres? (Cant 5,17) (...) Todos los ángeles confiesan que esta Virgen es más rica que ellos en la riqueza de la gracia y virtudes y más arreada de la hermosura espiritual que de esto resulta”²⁵.

IV. MUJERES DE LA BIBLIA, FIGURAS DE MARÍA

Nuestro santo predicador recurre constantemente a la Biblia en sus sermones. Al hablar de la Virgen, con frecuencia menciona a las mujeres del Antiguo Testamento en las que encuentra alguna semejanza con María. Era un procedimiento bien atestiguado en los escritores patrísticos y medievales, que presentan muchas figuras de la Virgen: Eva, Sara, Rebeca, Raquel, María la hermana de Moisés, Rut, Ana, Ester, Judit, Débora, etc.²⁶. En el tema de la Inmaculada encontramos en nuestro santo algunas de estas referencias. La primera es Eva, que en este caso es por contraste: Si Eva sucumbió a la tentación de la serpiente, María da cumplimiento a la promesa del Génesis, “pues ella es la mujer de la cual está escrito que había de quebrantar la cabeza del demonio (Cfr. Gn 3,15), no solo porque escapó del pecado original, mas de todos los otros mortales y veniales”²⁷. “Así como Eva desayudó al primer Adán en lo que tocaba al servicio de Dios, así esta Niña es criada para que ayude al segundo

24. *Audi, Filia*, II, 14: o.c., t. I, p. 587. La alusión a su experiencia de la eficacia de esta oración falta en la primera edición del *Audi, Filia* (cfr. o.c., t. I, p. 441), que salió de la imprenta en 1556, pero que correspondía a un manuscrito de juventud, que ya en 1539 corría de mano en mano. En 1564 el Maestro Ávila prepara la corrección de su libro y en él puede dejar constancia de su mucha experiencia en dirección de almas y en confesionario.

25. *Sermón 71*: o.c., t. III, p. 218.

26. Cfr. ROSCHINI, G. M^a, *La Madre de Dios según la fe y la teología*, I, Madrid 1958, pp. 260-294.

27. *Sermón 60*: o.c., t. III, p. 9.

Adán, que es Jesucristo, para ayudarle a la redención y a recoger las ánimas por quien él derramó su sangre”²⁸.

En otro sermón explica el Maestro Ávila que María quebranta la cabeza del demonio en cuanto engendra a Jesucristo, que es quien lo ha derrotado. Y la compara con Judit y Ester:

“Si los de Betulia agradecieron a Judit la libertad que por su medio alcanzaron, y el beneficio que hizo Ester a su pueblo no pasó sin ser agradecido, y lo uno y lo otro era temporal, ¿qué agradecimiento, qué cantares y loores darían los cristianos a aquella Señora por cuyo medio fue descabezado Holofernes y Amán ahorcado, que representan al demonio y al pecado, cuya cabeza quebrantó la Virgen (Cfr. Gn 3,15) y cuya muerte causó engendrando la Vida, y fueron libres los presos, y resucitados los muertos por la muerte de Cristo nuestro Señor?”²⁹.

Y también compara a María con Rebeca, la esposa de Isaac en una referencia que interesa para el tema de la Inmaculada:

“Conjuró Abrahán a Eliecer que tomase mujer para su hijo, y no de tierra ajena, sino de la suya propia. La benditísima Virgen de la propia tierra de Dios es. Es Dios limpiísimo, sin pecado; la Virgen limpiísima, sin pecado; y aunque no por naturaleza, por gracia fue librada de todo pecado: de la tierra de Dios. Dio Rebeca a beber a Eliecer y a sus camellos, que esto llevaba él por señal de quién sería esposa de su señor: la que tuviese caridad. La Virgen grandísima caridad tuvo; no la tomara Dios por Madre si no tuviera mucha caridad”³⁰.

Es interesante el punto de comparación que destaca: el ser de la misma tierra de Dios, en cuanto que está libre de todo pecado, aunque no por naturaleza, lógicamente, porque entonces sería Dios, sino por gracia³¹.

28. *Sermón 60*: o.c., t. III, p. 17; Cfr. la misma idea en *Sermón 67*: o.c., t. III, p. 121; 123; *Sermón 71*: o.c., t. III, p. 223.

29. *Sermón 70*: o.c., t. III, p. 191.

30. *Sermón 65 (2)*: o.c., t. III, p. 98.

31. En otro sermón subraya otros aspectos de la comparación: “¿Qué tiene que ver Rebeca con María? Rebeca es sabia, mucho más María; si Rebeca es escondida, mucho más María. ¿Qué tiene que ver la caridad de Rebeca con la de María?” (*Sermón 65 (1)*): o.c., t. III, p. 92. Ideas parecidas se encuentran en autores medievales como Ricardo de San Lorenzo, San Buenaventura, San Alberto Magno, San Antonino.

María es también comparada con las vírgenes prudentes que permanecen en vela, de la parábola de Mt 25,1-13, en un sermón predicado a religiosos en la fiesta de Santa Catalina: “Todos dormimos y estamos soñolientos; hemos menester encomendarnos a quien vela. La Virgen es la que siempre veló; desde el instante que fue concebida, siempre estuvo velando”³². Aquí dormir es estar en situación de pecado, mientras que velar es estar con la lámpara encendida de la gracia y la santidad. María desde el primer instante de su concepción ha estado siempre en vela.

V. CONCLUSIÓN

Como decíamos al principio, Juan de Ávila no es un teólogo sistemático, sino un predicador ardoroso. Pero no por eso su doctrina es menos profunda. Lo que pierde en sistematización lo gana en espontaneidad. Es un verdadero maestro espiritual sustentando en una buena teología.

En relación al método, en el tema de la Inmaculada hemos podido comprobar su estilo de recurso constante a la Escritura y su utilización de imágenes bíblicas, que le permiten estar en contacto continuo con las fuentes y a la vez ofrecer unas explicaciones intuitivas y sugerentes, incluso iconográficas y muy aptas para la enseñanza del pueblo. Es un estilo constante suyo, de comprobada utilidad catequética, a ejemplo de la mejor tradición de los Santos Padres y de los escritores medievales³³.

Respecto al contenido sobre el dogma de la Inmaculada Concepción, hemos encontrado su afirmación nítida en una época en que todavía estaba en libre discusión y manifestando que conocía perfectamente las posiciones distintas que se debatían. Por otro lado, es interesante la conexión que establece entre la gracia original y la santidad de toda la vida de María. Y muestra un sano equilibrio, porque

32. *Sermón 80*: o.c., t. III, p. 323.

33. Hemos estudiado el recurso parecido a imágenes bíblicas que hace Juan de Ávila para profundizar en la teología de la cruz: cfr. MORENO MARTÍNEZ, J.L. “Figuras bíblicas de la cruz en San Juan de Ávila”, en *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000*, Madrid 2002, pp. 649-671. Y también el recurso a imágenes tomadas de la vida ordinaria con sus posibilidades catequéticas: cfr. MORENO MARTÍNEZ, J.L., “Símbolos catequéticos de la cruz en San Juan de Ávila”, en *Teología y Catequesis* 82 (2002) 111-140.

honrar a María y cantar sus alabanzas y privilegios no le llevan a alejarse, sino a acercarse a la fuente y fundamento de ellos: la elección para ser la Madre de Jesucristo.

Finalmente, hemos podido contemplar también al pastor y maestro espiritual, que sabe orientar a los fieles para que tomen ejemplo de María en la imitación de sus virtudes y recurran a ella en las tentaciones y en la lucha contra el pecado. En él la teología está al servicio de la vida y de la fe; y la fe vivida y practicada es la luz que le va iluminando el camino de la teología y de la predicación. Es predicador de la Inmaculada Concepción, porque es predicador de la vida cristiana.